



NUM. 37. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 14 DE SETIEMBRE DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



Nubes ó puntos negros se veían en la atmósfera política, pero al fin parece que se despeja, en lo cual habrán influido sin duda las primeras lluvias de otoño, tanto como la circular de Mr. Moustier, que ya han publicado todos los periódicos que de los negocios públicos se ocupan. Pocos días antes se había exacerbado notablemente la fiebre que á la prensa francesa y á la prusiana aquejaba, y que llegó á su último grado de exaltación durante la entrevista de los emperadores Napoleon y Francisco José en Salzburgo. Mr. Twisten, uno de los jefes del partido liberal prusiano había dicho que Prusia no podía detenerse en la línea del Mein y que era forzosa é inevitable la unidad completa, á pesar de los polacos, de los franceses, de los austriacos, y á pesar de los Estados que Prusia ha adquirido por el método anexionista; añadiendo con cierto compasivo desden: «Francia no es ya la gran nación, sino una gran nación.» La circular del gabinete de Berlin á todos sus representantes en el extranjero, expresando su satisfacción por las esplicaciones que han mediado en Salzburgo en la cacareada entrevista, deben haber contribuido, en union con las lluvias y el documento del ministro de Negocios francés, arriba mencionado, á calmar la efervescencia de las pasiones. El final del penúltimo párrafo de este documento resume bastante bien su contenido total. «Así pues, dice, lejos de considerar la entrevista de Salzburgo, como un motivo de preocupaciones, de inquietudes para las demás córtes, conviene ver en ella un nuevo

motivo de confianza en la conservación de la paz.» Que conviene verlo así es evidente, que se vea, esto es lo que sólo el tiempo vendrá á decirnos.

El cólera sigue asolando la Ciudad Eterna. Atribúyese en gran parte, y con razón, su larga permanencia en ella y sus estragos, á la miseria y al abuso de frutos, legumbres y otras sustancias conocidamente nocivas á que los romanos se entregan, á pesar de las prohibiciones impuestas por las autoridades.

Algunos periódicos ingleses consideran probable la renovacion del tratado de Onkiar-Skelessi, que implica una alianza entre los emperadores de Rusia y de Turquía. Han motivado este juicio los actos de cortesía que han mediado poco há entre el sultan y el Czar, si bien *La Turquía* desmiente semejantes suposiciones, de manera que en suma, y mientras hechos mas concretos y mas claros no se verifiquen, las relaciones de amistad entre las dos potencias, siguen bajo el mismo pie que estaban.

Segun noticias, los fenianos de los Estados- Unidos no abandonan sus proyectos de insurreccion de Irlanda, para cuyas costas han espedido un vapor de guerra, que, aunque no ha hecho mas que pasar por delante de ellas, se supone que ha fondeado en varios puertos de la isla y aun desafiado á la marina inglesa, que no se ha atrevido á aceptar el reto. Así lo dicen los periódicos americanos.

La expedición inglesa á la Abisinia se da como cosa resuelta, y hasta parece que algunos oficiales del ejército han llegado á España, con objeto de comprar mulos. Cálculase en 7,000 el número que de estos se necesitan para la expedición y en 8 ó 10,000 el de camellos; el virey de Egipto ofrece auxiliarla proporcionando estos últimos á Inglaterra. La expedición penetrará en el suelo africano hasta una distancia de 300 millas, en busca del enemigo, y como ha de acompañarla una comision de sabios, puede asegurarse que la ciencia, cuando menos, saldrá gananciosa, enriqueciéndose con observaciones y descubrimientos útiles y curiosos. ¡Lástima que esta vez tambien haya quizás de regarse con sangre el árbol prohibido!

El mismo virey antes citado, personaje de los de mas iniciativa y resolucion del siglo, ha prohibido terminantemente en sus Estados el comercio de esclavos, habiendo puesto en libertad los funcionarios de su gobierno 12,000 de aquellos infelices en una de las ferias principales del país. Refiérese que un prefecto de

policía que titubeó en ejecutar las órdenes del virey fue inmediatamente destituido.

El Brasil merece tambien un voto de gracias por haber concluido el proyecto de emancipacion de esclavos sobre bases altamente humanitarias, y que concilian hasta donde es posible los intereses de los dueños con los de sus propiedades.

A los que consideran como una calamidad los médicos, fundándose tal vez únicamente en la razon de la sinrazon de que no poseen la facultad de hacer inmortal lo que tan frágil y perecedero es de suyo como el cuerpo humano, se les presenta una bonita ocasion de librarse de ella (de la calamidad, se entiende), sin mas que trasladar su residencia á Rusia, en cuyo imperio, ó miente la estadística, sólo existen diez mil doctores en medicina, ó lo que es igual, un médico para cada siete mil personas. A esto se objetará que precisamente entre los rusos se ven los hombres mas robustos, mas frescos, mas colorados y mas sanos que se conocen: pero no se cuentan, y aquí está la dificultad, los millares de millares que mueren sin auxilio facultativo alguno, y por esta misma causa, antes y aun despues de alcanzar aquella robustez, aquella frescura y aquella lozanía envidiables.

El zuabo Jacob, célebre curandero de que hablamos en nuestra última reseña semanal, dicen que se ha vuelto loco; lo sentimos por él y por los tontos que ha creado su ponderada habilidad, y que se iba convirtiendo en una verdadera epidemia.

La afición á los estudios trascendentales se va extendiendo en España, gracias á los esfuerzos de algunos jóvenes profesores, tan modestos como eminentes por su ilustracion. Resultado de estos trabajos es el concurso que, con el nombre de *Premio Hermida*, y con el fin de fomentar aquellos estudios, se ha abierto para premiar Memorias filosóficas sobre el tema siguiente: «*El conocer y el pensar, como propiedad del espíritu, en su concepto de unidad y en los modos del conocimiento, en propiedad y relacion, ordenados en la unidad de la conciencia.*» En la biblioteca del Ateneo de esta córte, hay una esposicion mas detallada del tema para los que deseen consultarlo. Habrá un premio de 800 escudos, varios *accessit*, de los cuales ninguno bajará de 300 escudos, y menciones honoríficas. Las Memorias pueden escribirse en castellano ó portugués, y se dirigirán al catedrático Sr. Moret y Prendergast. Constituirán el jurado los señores Moret,

Vidart, Salmeron, Giner y Jimenez (don Francisco). El plazo para la presentacion de las Memorias terminará el 2 de marzo de 1869.

La Academia de la Lengua, continuando en su laudable empresa de publicar una *Biblioteca selecta de autores clásicos españoles*, ha dado á luz recientemente las *Farsas y Eglogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernandez*, poeta salmantino, con un prólogo del colector don Manuel Cañete, individuo de número de aquella corporacion. Digno es de ocupar detenidamente la atencion de la crítica esta obra, indispensable de todo punto para estudiar los orígenes del teatro español, que ya aparece allí, esto es, desde sus primeros albores, con la gracia, la originalidad y la varonil gallardía que ingenios mas inmediatos á nuestra época, habian de elevar á la altura que ningun teatro ha alcanzado. El prólogo del señor Cañete contiene muchos y muy estimables datos, y ha de contribuir á ilustrar varios puntos oscuros de la historia de nuestro teatro; todo lo cual, unido al esmero de la edicion, anuncia el éxito que deseamos para que los maestros de la dramática española sean conocidos del público mas que lo que han sido hasta ahora. De la misma *Biblioteca* están hace tiempo de venta las *Comedias escogidas de don Juan Ruiz de Alarcón* y *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, con eruditos prólogos respectivamente de don Isaac Nuñez Arenas y don Antonio Ferrer del Rio, tambien académicos.

El señor don Mariano Carreras y Gonzalez, á quien sus tareas periodísticas y sus obras filosóficas y producciones de economista han conquistado una reputacion tan merecida como envidiable, acaba de coleccionar con el título de *Amapolas*, algunos de sus trabajos puramente literarios en su mayor parte, á los que precede un prefacio de don Gerónimo Borao, lleno de gracia y de intencion. Hay en este libro, entre otras producciones de mérito, cuadros de costumbres perfectamente observadas, como *El silbante* y *El dia cortesano*, poesías de entonacion levantada y espíritu patriótico, como la de *Aragón y Felipe II*, y otras que producen una dulce melancolia por su apacible colorido, y artículos de crítica teatral, que revelan en su autor el conocimiento y aun la práctica que de la literatura dramática posee. Para poner fin á estas someras indicaciones bibliográficas, de obras que ciertamente requerian un exámen atento y detenido, anunciamos con gusto la aparicion de una novela de la distinguida autora de los *Cantares gallegos*, doña Rosalía Castro de Murguía, á la que ha dado el título de *El caballero de las botas azules*. Esta obra, mas que novela, es una serie de cuadros humorísticos, que en el curso de una fábula tan profunda como sencilla, se van desarrollando, y cuyos personajes, concisa pero enérgicamente trazados, son otras tantas encarnaciones de algunas miserias de la época actual, que el fantástico caballero de las botas azules va presentando en toda su desnudez para castigarlas con el látigo de su amarga ironía. Trabajos de esta especie no deben pasar desapercibidos, y es de esperar que los escritores que á la crítica dedican su pluma, consagren algunas líneas á la novela de la señora Castro de Murguía, cuyo flexible talento y estilo, así se presta á las tiernas efusiones de la poesía popular, como á las severas censuras de la sátira.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

CAPITULO V.

I.

Impuesta fue por Dios al hombre en los primeros dias del mundo la necesidad del trabajo, para que como recompensa de él, su raza se multiplicase sobre la tierra y la dominase en nombre del Criador. El trabajo, pues, es una necesidad tan ineludible para la especie humana, que el día en que, rebelada contra el divino precepto, se entregase á la ociosidad, eterna consejera del mal, la tierra caería en la esterilidad, y la muerte tendería sobre ella su anchuroso manto.

La tierra es hermosa, porque el sudor humano la riega en todas las estaciones. Suspended el trabajo activo ó incesante que su cultivo y embellecimiento requieren, y vereis desaparecer de ella la vegetacion saludable, para ser reemplazada por plantas agrestes sin esplendor y nocivas. Las aguas, reprimidas hoy por la mano de la ciencia, ó encaminadas en direcciones opuestas á la que un tiempo siguieron, volverán impetuosas y arrolladoras al antiguo cauce. Rotos sus diques, el sosegado riachuelo tornaráse salvaje torrente, y la playa, hoy segura, será pavorosamente reconquistada por el mar. El jardín se convertirá en campo de malezas, el huerto será fácil presa de los abrojos, la pradera quedará trocada en triste erial, y la naturaleza, abandonada á su exuberante fecundidad, recobrará su primer dominio sobre la tierra, y

ésta volverá á presentarse erizada de matorrales, de yerbas malélicas, de animales dañinos é indómitos, é inhabitable y silvestre como en los dias de Creacion.

¡Qué maravillas no ha producido el trabajo del hombre! La flor que falta de cultivo se encuentra sin brillo, inodora y escasa de pétalos, merced á la inteligente solicitud del jardinero se ostenta rica de colores, pródiga de perfumes y levanta al cielo con una gentileza inimitable una corola encantadora. La planta venenosa se convierte, merced al trabajo, en eficaz medicamento, y la que parecia destinada al desdén por su desagradable olor ó por su sabor acre y repulsivo, convertida en regalo del paladar, adorna la mesa del prócer. El leon, el tigre, el oso blanco y el armiño, entregan al hombre sus preciadas pieles: la ballena le ofrece su esperma y sus flexibles apéndices, tan preciosos á la industria; el bruto, el pez, el ave y el insecto de lejanas latitudes se aclimatan en nuestras regiones, y se convierten en nuestros servidores, ó entretienen agradablemente nuestros ócios, ó sirven de satisfaccion á nuestra vanidad. El castor se hace tribuario suriso de la medicina y de las artes; la cabra del Tibet nos da su almizcle; la cochinilla su deslumbradora púrpura; el colibrí su peregrino plumaje; la tortuga de apartados países su concha, tesoro del arte y de la industria; el molusco del Océano índico, su nácar, émulo venturoso del arco iris; el elefante su marfil, orgullo de los jefes de antiguos y poderosos imperios; el pobre gusano, hijo de las zonas templadas, su seda, gala de la hermosura y emblema del fausto; y mientras el ignorado habitante de las rocas oceánicas pone á nuestra disposicion sus palacios de coral, el pez de remotos mares juguetea en los estanques de nuestros parques, y la gallina de las regiones bañadas por el Ganges, nos brinda su regalada carne.

El trabajo ha hecho al hombre dueño del caballo y del toro, de los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra, de los animales y vegetales de todas las zonas, árbitro en una palabra, de los tres reinos de la naturaleza. Merced al estudio, trabajo superior que abona la escelsitud de la razon humana, el rayo al desprenderse de la nube mortífera sigue en el espacio violentamente estremecido el camino que le traza la punta que, rasgando las sombras, se eleva al cielo, protectora de la tierra. Merced al estudio, la locomotora devora las distancias, el vapor domina los mares y enlaza los continentes, el pensamiento vuela en las alas de fuego de la electricidad, los rayos del sol se fijan en una plancha de metal, en un papel, en una tela, y estampan en ellas imágenes y paisajes maravillosos; caen rotos los istmos, abren las montañas sus senos ó se dejan perforar para acortar las distancias; arrojense puentes al través de la atmósfera sobre las cataratas y los abismos; las dimensiones del globo se reducen; el hombre, poseedor de día en día de mas numerosos y mas eficaces medios de accion, adquiere una conciencia cada vez mas estensa y exacta de su dignidad y de su poder. Merced, en fin, al estudio, la mente humana, arrancando sin cesar nuevos secretos á la naturaleza, sojuzgando sus fuerzas ocultas, conociendo de una manera mas clara las propiedades y las múltiples combinaciones de la materia, al paso que perfecciona su entendimiento, mejora su corazon, se acerca mas á la Divinidad; y se hace tanto mas religioso y moral cuanto mejor la conoce y mas de cerca experimenta sus beneficios y su omnipotencia.

II.

Suprimid de la tierra las maravillas del genio y las gigantescas creaciones de la mano del hombre, ¿qué quedará en ella? Un desierto sin fin. ¿A qué quedará reducida la humanidad? A la condicion del pobre hormiguero, al que una nube intimida, al que alarma la caída de una hoja, al que algunas gotas de agua parecen una inundacion. Al trabajo debe el hombre, así la pared que le resguarda del viento y el techo que le preserva de la lluvia, como los portentos de la arquitectura y de las bellas artes. Las pirámides y los obeliscos, los puentes y los acueductos, gloria del arte antiguo, los túneles y los caminos abiertos sobre las cimas de las cordilleras, gloria del arte moderno, las ciudades, ricas en grandiosos monumentos, son otros tantos títulos de noble orgullo para el trabajo, otros tantos galardones para el trabajador.

¿Veis esa trasformacion gloriosa que en nuestros dias se opera en campos y ciudades? ¿Veis con cuánta facilidad, merced á ingeniosos aparatos de locomocion y á una bien entendida preparacion del terreno, el hombre recorre rápidamente las inmensas comarcas comprendidas entre el Ecuador y los polos? Pues aun no es esa la mayor de las conquistas del trabajo. La mayor de esas conquistas consiste en haber estrechado por medio de la mision evangélica, de la imprenta, de la ciencia, del viaje de exploracion marítimo ó terrestre, los lazos de la humanidad; consiste en haber puesto al hombre en contacto con el hombre, de haber dilatado los horizontes del comercio y los dominios de la inteligencia, fomentando por este medio el espíritu de asociacion que perfecciona al individuo y á la especie, y creando ó robusteciendo el sentimiento esencialmente cristiano de la fraternidad uni-

versal. ¡He aquí la esplendente corona del trabajo!

El que á él se acostumbra desde sus tiernos años, se emancipa insensiblemente de mil oprobiosas tutelas y de mil molestos yugos.

En el órden moral se emancipa de la ociosidad, odiosa maestra del vicio; de la pereza, que enerva el ánimo; de la ignorancia, que rebaja la dignidad humana, porque borra el signo diferencial entre el hombre y el bruto, y de las malas compañías, que conducen á la perdicion, al paso que se desarrolla vigoroso en el alma el sentimiento de la independenciam, legítimo premio de los desvelos y esfuerzos á nobles fines encaminados.

En el órden material, el trabajo emancipa al hombre de la afeminacion en que irremisiblemente le hace caer un prolongado ocio, ó el culto á los placeres, que por lo regular es su inmediata consecuencia. El trabajador arrastra las privaciones, y se familiariza con las contrariedades de la vida. Ora en el campo, ora en el taller, ora en el bufete, ora navegando, ora blandiendo la espada, ora en la academia, ora en la tribuna pública, ora en el foro, el amante del trabajo en él encuentra, al par que su recompensa, su deleite y los mas valederos títulos al público aprecio. Su cuerpo y su espíritu se robustecen, el círculo de sus ideas se ensancha, su sér se dilata y vigoriza, y objeto de satisfaccion á sus propios ojos, es además objeto de desinteresados elogios.

Mientras el ocioso y el sibarita temen el ambiente de la noche y la grata frescura de los campos, el viento y la lluvia, los rayos del sol y las mudanzas atmosféricas, y acaso hasta la vivificadora humedad de los jardines, el hijo del trabajo arrostra la intemperie, atraviesa la llanura, trepa la montaña, cruza los mares, desafia la nieve, no se deja intimidar por los agentes exteriores, y se predispone de esta suerte á la salud y la longevidad.

¡Cuán digno de lástima es el perezoso! No conoce las legítimas satisfacciones del amor propio, ni el gratísimo estímulo del aplauso. Vive, en cierto modo, extraño á todo lo que le rodea, nada entretiene su estéril existencia, nada mitiga el tedio que le devora. Para él la naturaleza no tiene atractivos, ni placeres el estudio, ni embeleso la meditacion. La tierra cambia de ropaje y de galas: cíñese unas veces vistoso manto de flores; cúbrense otras de variados frutos y abundosas mieses; envuélvese otras en el uniforme, pero magnífico velo de la nieve; mas en la absurda vida del perezoso, ¿qué feliz mudanza se opera? ¿Qué matiz tiene para él encantos, ó en qué voz encuentra un eco? Presa del hastío, deforme hijo de la desidia, nada le dicen las ciencias, nada le revelan las artes. Ni la pintura le cautiva, ni la poesía le entusiasma, ni la música derrama en su alma esa felicidad inefable que sólo ella sabe derramar... ¿Hay algo mas miserable que los dias del indolente?

Huid de la pereza, triste vicio que os incomunica con la Creacion. ¿Qué puede haber de comun entre la inercia y el movimiento, entre la produccion y la esterilidad, entre el quietismo y la renovacion? Cuando todos los seres se agitan, cuando todos llenan el destino providencial para que han sido formados, el hombre, la criatura especialmente formada para la accion y la iniciativa, no puede sin faltar al órden general de que tan importante parte constituye, y sin ponerse en lucha con la Providencia y la naturaleza, abandonarse al ocio, estacionarse y preferir la vida de la vegetacion á la vida del espíritu y del sentimiento.

Todo trabaja, todo se mueve dentro de la órbita del fin particular que le ha sido asignado; y la humanidad se revelaria contra el Supremo Hacedor, si de esta ley, tan justa como sabia, pretendiese emanciparse. El castigo que semejante trasgresion traeria inmediatamente en pos, seria terrible. El mundo caería de nuevo en el caos, y el hombre en la noche de la barbarie.

No veais, pues, en el cotidiano trabajo una injusticia, á que la necesidad os obliga á someteros. Ved, por el contrario, en él el empleo mas noble que podeis dar á vuestras facultades físicas y morales; el medio honroso de procuraros un puesto mejor en el festín de la vida, la base de una independenciam legítima, la educacion de vuestra inteligencia y el protector de las buenas costumbres. ¿Hay algo comparable en dulzura á la paz interior que disfruta el hombre que varonilmente ha soportado mediante el trabajo, el peso del día? Su conciencia está satisfecha, la sociedad le ensalza y Dios le bendice. ¿No es acaso la mision que en este mundo nos ha sido impuesta, el procurar hasta donde nuestras fuerzas alcancen, ser útiles á nuestros semejantes, á fin de que los afanes y tareas de estos nos reporten la parte, que en justicia y caridad nos deban? ¿Conoceis otro medio para conseguir este doble resultado, que el trabajo?

Sueño tranquilo y prolongado espera al que contribuye, segun la medida de sus fuerzas, al bien de sus hermanos. La sucesion diaria del cansancio y del reposo mantiene sus fuerzas en saludable equilibrio, aviva su sensibilidad, le hace comprender á fondo las amarguras de los que por falta de trabajo gimen víctimas de la inercia, y lo predispone á la compasion, primer acento de la caridad. El trabajador, enalteci-

do por un sentimiento de noble orgullo, se juzga intuitivamente mejor que el holgazan; y la moral, de acuerdo con la razón, sanciona su juicio.

Amad, amad toda lícita y provechosa tarea, todo lo que honradas inclinaciones inspira; y lejos de enviciar las falsas dichas de la ociosidad, recordad siempre que el trabajo, sin el cual no se conciben la paciencia, la resignación, esto es, la aceptación sumisa de la parte que Dios nos ha concedido en la común herencia de los bienes y los males, la perseverancia, y muchas veces el sufrimiento y el sacrificio del orgullo; recordad, decimos, que el trabajo es la gloria de las naciones y la dignidad de los individuos; y tened por seguro que, sin él, nadie puede mostrarse digno de Dios, ni digno de la humanidad y de su patria.

III.

Hombres hay, direis, que burlan el precepto primitivo, que impunemente lo eluden, que viven entregados al ocio, cual si superiores fueran á toda divina y humana ley. Verdad es, que á tal punto lleva muchas veces el hombre el olvido de sus deberes religiosos y sociales. Religiosos, porque la ley que nos manda comer el pan con el sudor de nuestro rostro, emana directamente de Dios; sociales, porque la estricta y universal observancia de ese mandato, interesa en el mas alto grado á la sociedad entera.

Cierto es que muchos lo infringen; pero ¿la infelicidad de algunos, puede por ventura justificar la infelicidad de todos? ¡No! La conciencia y el buen sentido dicen unánimes que la reprobación de todos debe ser el inmediato castigo de la trasgresión de algunos. Contra las faltas del individuo debe hallarse dispuesta siempre la indignación de la sociedad.

Pero ¿quién nos ha dicho, por dónde hemos sabido que la situación en que respecto de sí mismo se encuentra habitualmente el ocioso, sea mas envidiable que la del que obedece la voluntad divina? El que trabaja experimenta una permanente fruición al contemplar la obra de su genio ó de su mano, que le indemniza de los desvelos que le ha ocasionado; y si ese producto de la inteligencia ó del arte es un modelo, si excita la admiración, si llega á ser objeto del general aplauso, ¿cómo describir el íntimo júbilo, la santa satisfacción de su autor?

El que abusa de sus medios de fortuna, ó el que á la sombra de ellos se adormece ¿puede alguna vez experimentar emociones tan dulces, alegrías tan puras? ¿Hay algo en el ocio, comparable al vivo placer que inunda el alma del sabio, del literato, del artista, del artífice, cuando merced á sus vigilias descorren el velo de algun secreto de la naturaleza, ó logran por medio de algun útil descubrimiento, contribuir al progreso de su respectiva facultad, ó presentar bajo una nueva fase ese bello ideal, alma, vida y fin brillante de la inspiración artística?

El trabajo lleva en sí mismo una triple recompensa: la material que produce su propio buen desempeño, la que da la sociedad á quien de él honrada y honrosamente vive, y la buena reputación que es su inmediata consecuencia. Nada mas digno de aprecio, nada mas acreedor á la consideración pública que el hombre activo y laborioso.

La ociosidad gasta infructuosamente todos los resortes del organismo humano, y al sumirnos en el marasmo, nos condena á la insensibilidad, porque nos rodea de una atmósfera de molición incompatible con las impresiones energéticas y los arranques varoniles que tanto nos enaltecen cuando reconocen por origen y tienen por objeto lo noble y lo recto, lo útil y lo justo. La ociosidad conduce inevitablemente al hombre á la afeminación, es decir, á la degradación, porque degradante es en él la renuncia de las cualidades morales peculiares de su sexo. El hombre activo, al robustecer su vitalidad, desarrolla su parte afectiva, se hace mas impresionable, mas accesible á la acción de los resortes que obran sobre la imaginación y los sentidos, y se posesiona así de toda la plenitud de la vida.

El ocioso lo ve todo al través de un prisma que no le presenta sino un color, en tanto que el prisma por cuyo medio mira la existencia el hombre laborioso le ofrece riquísima variedad de coloridos.

El placer no sería conocido en este mundo, á no ser por el dolor, ni la luz sin las sombras, ni la hermosura sin la fealdad, ni la virtud sin el vicio, porque la comparación y el contraste forman el fondo oscuro sobre que se destacan nuestros juicios y la exactitud de nuestras deducciones. Por la misma razón, las delicias del reposo nos serian de todo punto ignoradas, si no tuviésemos idea de la fatiga. Ved aquí por qué no pocas veces el pobre jornalero goza mas y es mas feliz que el potentado. Mientras aquel halla en todo sensaciones variadas, y facilidad de distraerse con triviales y pequeños pasatiempos, éste, apurados todos los goces, en nada encuentra originalidad, todo le es escisivamente familiar, y como de todo ha abusado, todo le parece indiferente, y el hastío le aniquila.

¿Sabéis lo que es el hastío? El hastío es la muerte del alma, la extinción de todas las sensaciones agradables, la incapacidad de gozar, la negación del pla-

cer. Exhausta la fuente de la vida, gastados todos los resortes del corazón, el hombre de quien se ha apoderado la saciedad, en nada encuentra alicientes: cree haber visto y oído mil veces, lo que oye y ve por primera vez. No hay para él sensaciones nuevas, ni nuevos placeres. Ha gozado abusivamente de todo, y el cansancio y el tedio le abruman. Su oro, su encumbrada posición, y la interesada inventiva de sus aduladores ó cortesanos no pueden ya crear en su obsesivo nuevo sensaciones. Se ha recorrido en breve tiempo de una manera absurdamente atropellada, un espacio inmenso, se ha llegado al fin, y no hay *un mas allá* de placeres para el voraz sensualismo.

¿Qué es la hermosura, para el que de ella se ha hastiado? ¿Qué son los saraos, los festines, el lujo, los opíparos banquetes, los viajes de recreo, las seducciones de la moda, los altos puestos, para el que de todo ha disfrutado sin tasa ni medida, anticipándose al tiempo, destruyendo la proporción saludable y justa en que la Providencia ordena que se hallen el placer y el dolor, el trabajo y el reposo, la vigilia y el sueño? La naturaleza sigue presentando nuevos atractivos, pero éstos dejan de serlo y se convierten en nuevos motivos de disgusto y desabrimiento para el que no puede ya disfrutar de ellos. decrepitud prematura, sensibilidad apagada, rueda impotente de un mecanismo destrozado. ¿No es esta la realidad terrible del suplicio de Tántalo?

Rendid culto al trabajo, no evaporeis en el ocio vuestra vitalidad, y el mundo os parecerá siempre joven y siempre bello; y merced á la renovación constante de los afectos y los placeres, conjurareis la doble atonía del alma y del cuerpo, y os librareis de la espantosa expiación del hastío, que persigue á la ociosidad como persigue el remordimiento al crimen.

(Se continuará.)

MANUEL MARÍA FLAMANT.

ESTUDIOS ASTRONOMICOS.

LOS VOLCANES DE LA LUNA.

IV.

Descritas ya las principales y acaso las únicas cordilleras de montañas propiamente dichas de la Luna, réstanos dar una idea abreviada de esa multitud de grupos crateriformes que, mas ó menos aislados ó compactos, cubren la mayor parte del hemisferio superficial visible. Sus formas anulares, la uniformidad regular que guardan, su completa analogía con los volcanes terrestres, sus orificios cóncavos como otros tantos cráteres apagados, junto con esas capas pulverulentas, estratificadas á veces, de materias calcinadas y de un matiz blanquizco-ceniciento, demuestran hasta la evidencia la naturaleza eminentemente plutónica que debió predominar en ese suelo en otro tiempo en ignición, y que todavía, no obstante las exploraciones modernas, constituye un problema en determinados puntos.

En efecto, junto á esas masas colosales que recorren una extensión mas ó menos considerable de nuestro satélite, destacan en infinito número grandes circunvalaciones aisladas unas, y encadenadas, ó por mejor decir, agrupadas otras, que los astrónomos han designado con la denominación genérica de *circos* ó cráteres, y cuyas formas anulares elevan á una altura prodigiosa tambien generalmente los bordes de sus calcinados anillos sobre paisajes cubiertos de capas, al parecer, de materias volátiles, estratificadas; á veces y petrificadas acaso en otros puntos, si ha de juzgarse por las exploraciones del telescopio al precisar los detalles superficiales de ciertos accidentes panorámicos del mundo nuevo que nos ocupa.

Al frente de esos gigantes plutónicos figura el gran pico denominado Shickardt, que eleva su sorprendente cima hacia el S. E. de la Luna, próximo al mar de los Humores, con un diámetro nada menos que de 256 kilómetros y una extensión superficial en la zona de sus alrededores de 51,000 cuadrados, que constituye la 760ª parte del radio del hemisferio visible, y se halla rodeado de montañas, una de las cuales mide 3,200 metros de altura. Clavio y Grimaldi siguen en la misma region el orden de magnitud de esas moles volcánicas, con una elevación de 7,091 y 6,994 metros respectivamente y una extensión de 228 y 224 metros, mientras que Hiparco, Ptolomeo, Platon, Copérnico y Tycho, centro éste de la region montañosa que rodea el polo austral, representan la de 190, 180, 140, 96 y 88 kilómetros, con una altura este mismo cono, una de las mas considerables elevaciones de la Luna, de 5,000 metros, teniendo además como un apéndice adicional hacia el S. O. el circo de Abulfeda, con 37 kilómetros de extensión, rodeado de un número considerable de conos tambien crateriformes y de la misma configuración, cuya superficie trasversal en sus anillos varia desde 1 á 5 kilómetros, siendo de notar la circunstancia de que los mayores volcanes de la Tierra apenas pueden exceder de 15 kilómetros, con un diámetro máximo en el cráter de 150 á 200 metros, como sucede en el de Tenerife.

Newton, montaña anular considerable por su magnitud, junto al polo austral, destácase rodeada de enormes cortinas de peñascos, al parecer, derrumbados á trechos, á juzgar por las depresiones sensibles y los fragmentos desprendidos hacia el fondo, como sucede con otros de su especie, y entre ellos Copérnico, á una altura de 7,264 metros desde el suelo escoriado del cráter, altura que iguala á la mayor de la cordillera de nuestros Andes; á la vez que Casato y Curcio, taladrados en su base sobre un suelo quebrantado por profundas rendijas cavernosas y accidentado á trechos por ondulaciones cenicientas entre fragmentos diseminados al acaso, alcanzan su penacho obtuso á una elevación de 6,956 y 6,769 metros respectivamente.

Calippo, uno de los picos principales de la cadena del Cáucaso y Huyghens en la de los Apeninos, dan en las regiones boreales una altura de 6,216 y 5,550 metros, y el de Eratosthene, que termina esta serie, 4,800, entre moles breñosas horriblemente suspendidas, guardando perfecta analogía con Messier, doble cráter aislado junto al mar de la Fecundidad y muy próximo al Ecuador, y con Menélas, cuyas faldas escarpadas presentan una sucesión gradual de capas grises y reverberantes que ofrecen uno de los mas curiosos fenómenos del satélite.

Képler, Proclo, Euler, Almanon, Godin, Agrippa, rodean como una serie continuada de exuberancias cónicas mas ó menos marcadas en el hemisferio boreal, el Océano de las Tempestades, diseñando con una precisión admirable el perfil de sus contornos, de un colorido gris matizado de manchas negruzcas, que no es otra cosa que la oscura proyección de sus concavidades oblicuas, cuyo fondo se pierde en la sombra, del mismo modo que el cono Timorcharis, en la parte oriental del mismo hemisferio, presenta un aspecto radiante y la cúspide de su anillo oval rodeado de un matiz fosforescente, cuyos contrastes producen un efecto extraño.

Cassini, Aristille y Antolyoco son otros tantos montes anulares contiguos entre los lagos de la Putrefacción y de las Nieblas, al E. del mar de las Crisis, y que guardando completa identidad con Mario y Triesnecker, parecen enlazar nudos breñosos con sus ramificaciones y sus desfiladeros que descienden hasta el suelo erizado de pequeñas eminencias, hundido, deprimido y rasgado á trechos por abismos de sombrío aspecto, cuyo fin se pierde en su profundidad misma.

Del fondo de esos cráteres, de esos circos, de esos conos huecos, cuya profundidad espanta, elevanse tambien altísimas pirámides en forma de torres ó agujas, algunas desgajadas, inclinadas ó truncadas otras, aunque en su mayor parte rectas como moles basálticas, y descuellan sus puntas sobre los bordes calcinados de sus anillos, dibujando claramente sus contornos y delineando sus perfiles con una precisión de detalles que sorprende: á veces tambien, y con alguna frecuencia, se observan en las cordilleras de las montañas, sobre cuyas crestas recortan sus formas piramidales caprichosamente diseñadas, como escrescencias que brotan mas ó menos aisladas, y cuya sombra proyecta sus negros sudarios sobre las faldas pedregosas, sobre las sinuosidades de un valle ó sobre los repliegues del terreno constantemente accidentado.

Para completar nuestra descripción general de las montañas de nuestro satélite, y como una recopilación ó resumen, diremos que de las 4,095 alturas medidas escrupulosamente por Beer y Mädler, 39 de ellas esceden con mucho á la de nuestro Mont-Blanc y 6 de las restantes miden mas de 6,000 metros cada una de ellas, compitiendo por tanto con las mas elevadas cimas de los Andes; y si bien los famosos picachos Gaourisankar ó Himalaya representan la 720ª parte del radio de nuestro planeta, los montes Leibnitz y Dörfel de la Luna marcan la 227ª parte del suyo, estableciendo á su favor una ventaja comparativa y de suma importancia, como que triplica con exceso el orden relativo de las alturas superficiales de ambos mundos.

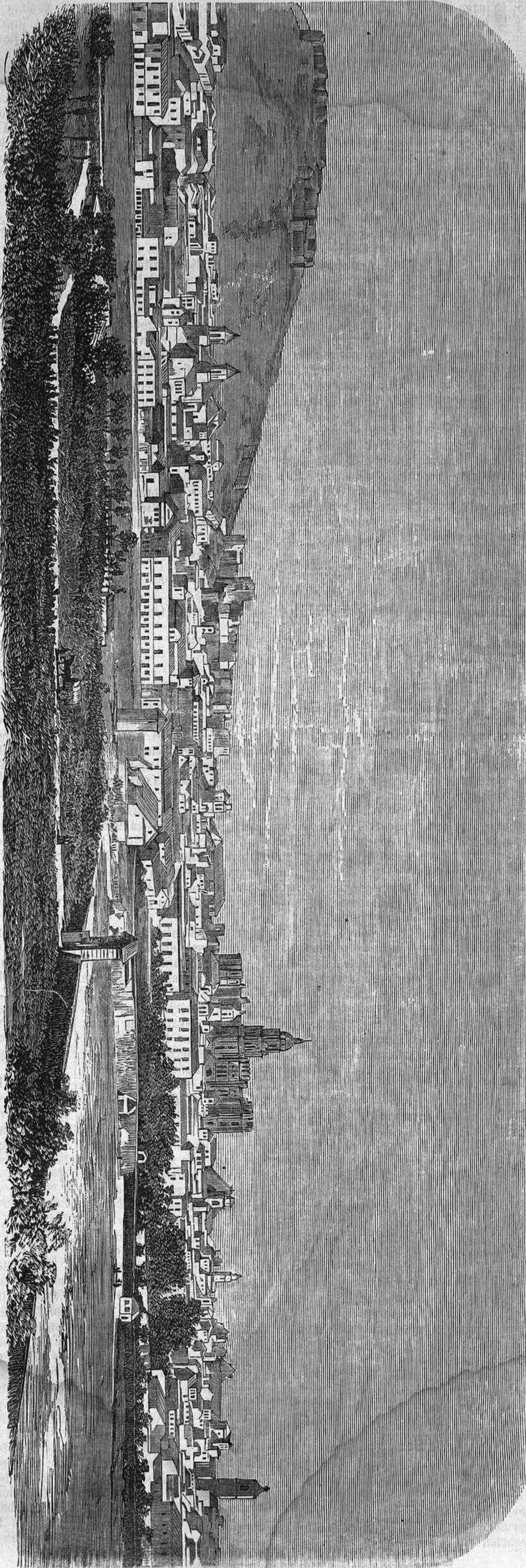
JOSE PASTOR DE LA ROCA.

MALAGA.

Al publicar en 1865 El Museo una vista de Málaga por la parte del mar, hizo una breve referencia de la situación de esta ciudad, capital de la provincia de su nombre, á la que hoy añadiremos algunos detalles, con motivo de la publicación del grabado adjunto que la representa por la parte del Arroyo de los Angeles. Hállase situada, segun se dijo, en la costa del Mediterráneo, en el centro del semi-círculo que forma la punta de los Cantales con la torre del Pimentel, atribuyéndose su fundación á los fenicios, y se cree que perteneció á Cartago y despues á Roma, que respetó su derecho municipal, y la concedió el título de ciudad federada. El rey godo Leovigildo la destruyó; pero restaurada al poco tiempo, cayó en poder de los árabes despues de la derrota de Guadalete. Durante la dominación de éstos, formó parte del califato de Córdoba, teniendo tambien sus emires ó reyes hasta que en 1487, se rindió á Fernando el Católico que la tenia sitiada. Su clima es muy templado y saludable,

gozando al mismo tiempo de un cielo hermoso y despejado. Su radio principia en el Muelle Viejo, al pie de la falda meridional del monte y castillo de Gibralfaro, y despues de recorrer un grande espacio, sigue por la orilla del mar hasta concluir en el fielato de Levante. Tiene actualmente Málaga unas 7,000 casas, muchas de ellas de moderna construccion y bello aspecto, la mitad próximamente de las cuales ocupan el casco de la poblacion y barrios de la Victoria, y Goleta, unas 2,000 los de la Trinidad y Perchel, unas 700 la fortaleza de la Alcazaba, unas 60 ó 70 el arrabal de la Malagueta y unas 150 el del Palo. En el interior de muchas de estas casas, hay espaciosos patios, como en otras ciudades de Andalucía, adornados de arbustos, macetas de flores y plantas que, además de recrear la vista, embalsaman el aire.—En gran parte de sus calles, tortuosas y estrechas, se echa de ver desde luego la época de la dominacion sarracena, pero otras presentan magníficos edificios y ofrecen la suficiente capacidad para el tránsito; en este caso se encuentran las de la Victoria, Alamos, Carretería, Granada, Ancha de Madre de Dios, Ancha del Carmen, distinguiéndose sobre todo la Acera de la Marina, Banda del Mar y Cortina del Muelle.—De sus plazas la mejor es sin duda la de Riego, rodeada de elegantes edificios, y en cuyo centro se eleva el monumento erigido á la memoria del general don José María Torrijos y compañeros de infortunio, sacrificados por su amor á la libertad en las playas de San Andrés.—Entre los edificios llama justamente la atencion el Palacio Episcopal, cuya portada es digna de mencionarse por lo rico de sus mármoles y bellas proporciones.—La Casa de Ayuntamiento es sencilla y graciosa.—La Aduana Nueva, situada al E. de la ciudad, es de soberbio aspecto, y tiene 80 varas cuadradas de estension por cada uno de sus frentes. Su estilo es de gusto italiano del siglo pasado, el mismo que se observa en otros muchos edificios de la época de Carlos III, como la casa de Correos, la Aduana y otros de Madrid, y tanto exterior como interiormente, se halla bien decorada.—El Consulado, cuya portada es una bella columnata de mármol negro sobre chapas de lo mismo, es muy propio y adecuado á los usos de su destino de Monte-Pío de socorros á viñadores y oficinas correspondientes al nombre de Consulado.—Las Atarazanas, arsenal de los moros, son un vasto edificio en forma de casa-fuerte con sus torres y demás, que constituia en su tiempo una gran fortaleza con su magnífica mezzquita, todo lo cual mandó construir y pertrechar debidamente el rey moro de Córdoba *Abderramen*. Grande es el mérito de su arrogante portada de piedras de jaspe blanco, que unidas sin mezcla ni betun alguno (al gusto fenicio que tomaron los árabes orientales, de quienes vino á los que la construyeron) forman un arco elegantísimo: á los lados hay dos escudos fajados al sesgo con dos inscripciones en letras arábigas: la de la derecha dice en árabe «*Guayla el Gani Alah*» (sólo Dios es el rico); la de la izquierda dice «*Guayla Galiba Alah*» (sólo Dios es el valiente), oraciones de ala-

VISTA DE MÁLAGA TOMADA DESDE EL «ARRROYO DE LOS ÁNGELES».



banza á Dios con que los árabes adornaban sus puertas ventanas y aun sus utensilios.—La Alcazaba, cuyo origen viene de la voz arábiga *casabetum*, (castillo inespugnable) se cree existía en tiempo de los romanos, despues de los cuales la reedificaron los moros. Era residencia de los alcaides ó gobernadores de la ciudad, uno de los cuales contribuyó á la coronacion del rey moro de Córdoba *Abderramen I*, á quien debieron muchas obras y consideracion ésta y otras fortificaciones. La Alcazaba tenia triples cortinas ó lienzos de muralla, torreones y demás, con los que por medio de un camino cubierto, se une al castillo de Gibralfaro. De la fortaleza que nos ocupa sólo quedan en pie algunos restos, que no dejan de ser curiosos al viajero y al arqueólogo.—El castillo de Gibralfaro, llamado así del nombre de *Gibelfharo*, que dieron los árabes al monte en que se asienta dicha fortaleza, y á ella misma, ocupa una escarpada eminencia que se eleva 600 pies sobre el nivel del mar. Construido, segun se cree, por una colonia griega, reedificáronle los árabes, aumentando sus fortificaciones, y cerraban su recinto dos órdenes de muros torreados y almenados. Del tiempo del rey *Abderramen*, ya citado, es el gran pozo *Airon*, abierto en el castillo con agua de pie y admirable por su profundidad, pues tiene 47 varas de hondo. Conquistada la ciudad por los Reyes Católicos, tuvieron en tanto la fortaleza de que se trata, que anteponiéndola á la Alcazaba, la designaron para el escudo de armas que dieron á Málaga.—La catedral es de fábrica moderna, y se distingue por su bella disposicion, su lujo, su riqueza, su frescura y su soberbia escalinata de mármol que la eleva á 20 pies del suelo; cosa que muchas catedrales de Europa tendrán siempre que envidiarla, pues se hallan por lo comun ocultas entre miserables callejuelas y mezzquinos edificios, que las quitan parte de su majestad. Su estructura general, su planta y formas principales, son sin disputa las de un buen templo de la época del *Renacimiento*, aunque algo adulteradas en épocas posteriores por los arquitectos que sucesivamente se encargaron de su direccion. Su trazo se atribuye al célebre *Diego de Siloe*. No permitiéndonos la estension de este trabajo, entrar en mas detalles respecto de las bellezas del templo que nos ocupa, nos limitaremos a decir que una de las obras que mas resaltan en él, y que puede considerarse como la principal, es la magnífica sillería del coro, de la cual dice *Antonio Pinelo* que pudiera ser la *octava maravilla del mundo*, si no hubiese otra que la igualase, aludiendo sin duda á la del Escorial.—Entre los diferentes paseos, sobresale notablemente el llamado la Alameda, que ocupa el centro de la calle mas hermosa de la ciudad, al Mediodía de ésta, y ofrece un aspecto agradable en extremo, así por su situacion, glorietas y arbolado que forma anchas calles, como por la multitud de estatuas y las preciosas fuentes monumentales que lo adornan.—Por último, Málaga es importantísima como poblacion marítima, formando la dársena de su puerto, poblado por embarcaciones de todos los

países, sus dos muelles, el Viejo y el Nuevo, y cortina ó muralla. La figura del puerto es la de un trapecio, y la entrada ó boca mide 600 varas, habiendo igual número desde ésta línea á dicha cortina en su distancia media; resultando, por consiguiente, 300,000 varas cuadradas de dársena, de las que sólo pueden contarse 180,000 al E. del canal de entrada, como fondeadero de embarcaciones mayores en fondo medio de 20 á 24 pies próximamente; 100,000 que no permiten fondear, sino embarcaciones de menor porte en fondo de 9 á 14 pies, y 20,000 que ocupan las playas y en donde están las embarcaciones menores.

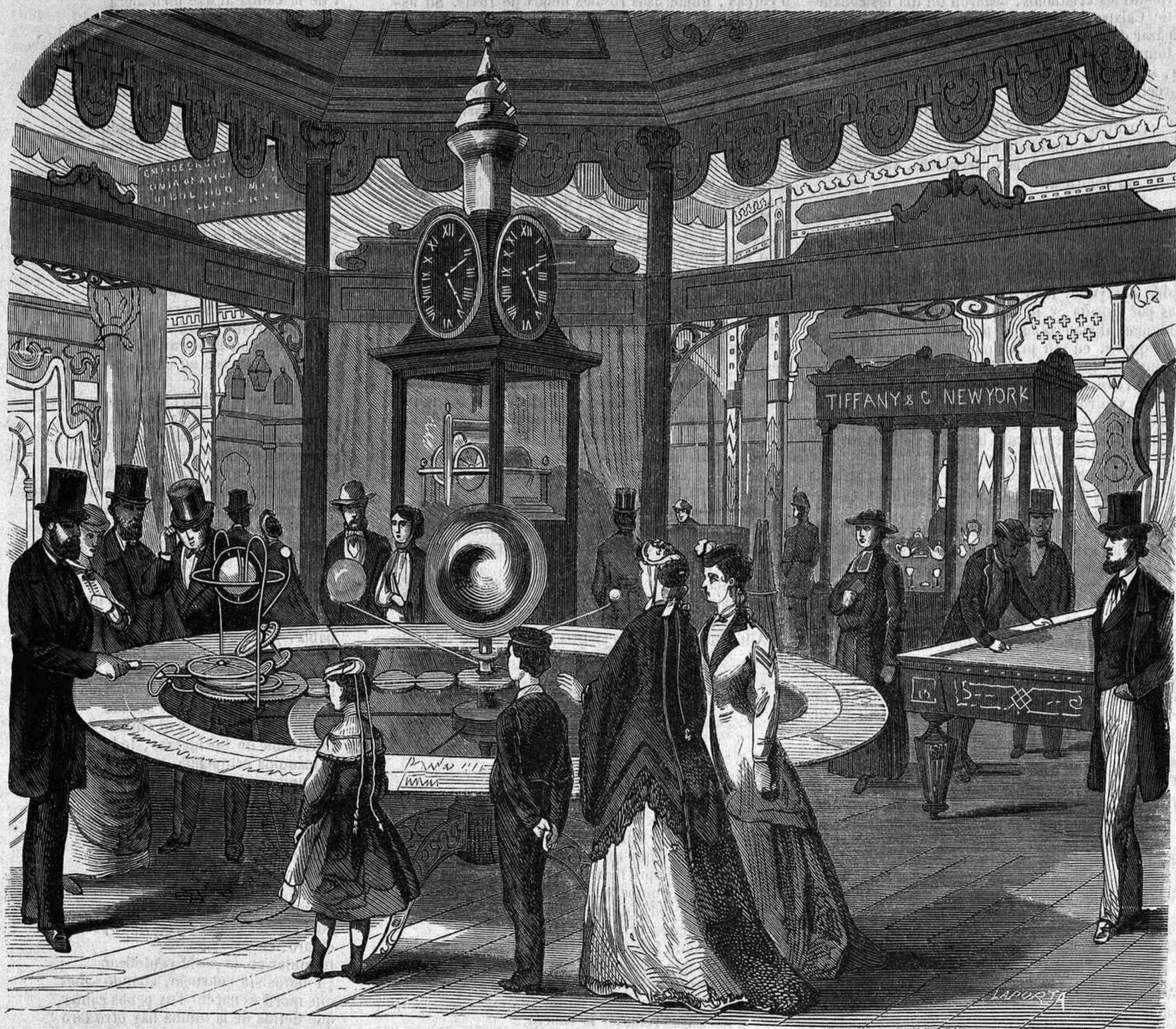
ESPOSICION UNIVERSAL.

SECCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Uno de los grabados que damos en este número representa la vista de la seccion de los Estados- Unidos en la Exposicion Universal de París; el objeto principal de este departamento es un planetario inventado y presentado por Mr. Barlow de Lexington, Kentucky. Muchos de los principales astrónomos y matemáticos de la América del Norte han dado testimonio de la estre-

mada exactitud de este aparato y de su gran valor como medio de educacion, y el gobierno de los Estados- Unidos ha manifestado el aprecio que le merece del invento, mandando hacer dos de estos planetarios para uso de las Escuelas del gobierno en West Point y Annapolis. Otras escuelas públicas y universidades en los Estados- Unidos han adoptado tambien dicho aparato, que presenta todas las leyes y movimientos mas importantes del sistema solar, para que el estudiante los comprenda con claridad y exactitud; hace ver los diferentes fenómenos de conjunciones, pasos, eclipses, etc.; y por medio de sus indicaciones y de sus cir-

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



SECCION DE LOS ESTADOS UNIDOS.—PLANETARIO DE MR. BARLOW.

culos del tiempo, marca su marcha y sus fenómenos con una exactitud sorprendente para cualquier periodo de tiempo pasado ó venidero. Las fases y fenómenos de la luna, juntamente con la inclinacion y escentricidad de su órbita, se manifiestan de un modo claro y bello, y lo mismo sucede con respecto á Vénus y Mercurio. La Tierra está cubierta con un mapa de los dos continentes y rodeada de un meridiano y de una línea de iluminacion que siempre conserva su propia posicion con respecto al sol. El maestro puede por este medio explicar con toda claridad á los discípulos las estaciones y la diferencia en la duracion del día y de la noche en las diversas latitudes y estaciones.

Este planetario merece los mayores elogios de todos los que visitan la Exposicion, y puede decirse desde luego que es uno de los objetos mas notables que hay en toda ella.

DE GRANADA A MALAGA.

IV.

Serian las doce de la noche cuando salí de Loja, empaquetado con otros viajeros en un coche que cor-

ria por la antigua carretera de Malaga. Poco despues dejamos el arrecife, y torciendo á la derecha nos internamos en una bajada, camino de Archidona.

Aquí fueron los trabajos, aquí los terribles saltos del vehículo y las descompuestas oscilaciones que ponian en grave apuro nuestra humanidad.

Manuel amigo, si tu mala estrellate conduce á Archidona por este camino, como práctico que soy te aconsejo que lo recorras á pie, á caballo, en globo, de cualquier manera, pero no en carruaje. Por mi parte, te aseguro que nunca he sufrido horas tan incómodas ni pesadas como las de aquella noche.

Olvidemos su memoria y penetremos en Archidona. Son las tres de la madrugada.

Bajaba el coche por una calle larguísima, y en verdad te digo que no acertaba allá en mis adentros con qué compararla, segun lo interminable de su estension.

Lo peor del camino quedaba atrás; así es, que con mas esperanza emprendimos nuestro viaje á Antequera, distante de Loja cinco ó seis leguas.

Archidona fue en su origen una fortaleza que se estendia sobre tres cerros y se llamó *Arx Domina* (reina de los alcázares).

Desde la salida del pueblo hasta Antequera, el terreno es montuoso y desigual.

Cerca de la poblacion está la *Sierra del Conjurado*, en la que hay una vereda que se ve de lejos perfectamente y desaparece al acercarse á ella. La tradicion dice que fue el camino que llevó la Virgen cuando bajó del cielo para animar á los cristianos que cercaban á Archidona.

Empieza á amanecer. Por los lados del camino se elevan varias colinas y algunas casas aparecen en diferentes puntos.

La sementera es pobre y no ha de colmar las esperanzas del labrador.

El terreno que cruzamos tiene cierto aspecto salvaje.

A las cinco y media de la mañaua damos vista á Antequera.

A nuestra izquierda se alza una roca gigantesca, que parece cortada á pico. Es la *Peña de los enamorados*. ¿Has oido, Manuel? La *Peña de los enamorados*: un monumento imperecedero que recuerda la mas triste de las historias, el mas terrible de los dramas. Permite que te refiera su tradicion.

Era alcaide de Archidona el fiero Ibrahim. Tenia

una hija llamada Tagzona, la cual amaba al moro Hamed Alhaizar. El padre de la joven, ignorando sus amores, la había destinado para esposa del viejo alcaide de Alhama. Enterados los amantes, huyen á caballo hácia el Guadalhorce, pero seguidos de cerca por Ibrahim, y temiendo su venganza, suben á una roca elevada donde creen hallarse seguros. Los soldados de Ibrahim comienzan á escalar la montaña, y los fugitivos, perdida la esperanza de salvarse, arrojándose abrazados desde la cumbre, muriendo hechos pedazos. El dolor que en aquel instante siente Ibrahim se convierte luego en una rabia inexplicable hácia todo el mundo. Quiere olvidar el recuerdo de su hija en el estruendo de la guerra, y desde entonces empieza terribles algaradas contra los cristianos sus vecinos, llevando por último el terror á la comarca entera.

Irritados los cristianos, llegaron un día los caballeros de Calatrava, mandados por don Pedro Giron, al alcázar de Archidona, y despues de un largo sitio fue tomada la plaza al asalto. Ibrahim, segun la crónica, subió á caballo al tajo que lleva su nombre y se precipitó al abismo.

Hermosa España; ¡cuántas tradiciones te embellecen! ¡cuántos recuerdos te immortalizan! No hay piedra, no hay monumento en este suelo, que no tenga su historia, ya sombría y aterradora, ya dulce, ya mística, ya amorosa.

V.

Subimos á la estación del ferro-carril, y dejando el carruaje nos encaminamos á la ciudad. Descansamos en la fonda de la *Castaña* y disfrutamos de un confortable desayuno. Esto no es muy frecuente en los viajes por España, y hé aquí el motivo de que recomendamos al viajero aquel parador.

Antequera, en un principio *Antikaria* fue famosa en tiempo de los romanos. Tuvo un castillo, hoy arruinado. Tuvo un *panteon de los dioses*, fundado por Agrippa, y otros muchos testimonios de esplendor. Despues de tanta grandeza vino un período de triste abandono para esta ciudad, hasta que un día los árabes la engrandecieron nuevamente.

Su vega está bañada por dos rios y muchos arroyos. Su suelo es fértil y rico. Tiene hermosas calles y muy buenos edificios.

En el siglo XVI contaba numerosos monumentos, debidos á los cristianos. En las antiguas casas de cabildo hay un arco llamado de los *Gigantes*, donde se conservan varias lápidas romanas de la primitiva *Antikaria* y de los vecinos pueblos *Nescania*, *Singilia*, *Aratspi* é *Illuro*, cuyas lápidas vienen á ser la historia de aquellos pueblos que actualmente yacen arruinados.

Al pie del castillo de Antequera combatió don Pedro de Castilla, y combatió y venció el infante don Fernando, apellidado de *Antequera*, por haber conquistado esta plaza.

En la iglesia del Salvador se conservan las tumbas de los alcaides de Antequera. Posee además este pueblo otros varios recuerdos de las edades pasadas, pero cada siglo va arrancándole poco á poco sus monumentos de gloria, sus páginas de la conquista de Andalucía por los cristianos, de aquella lucha colosal que terminó en los muros de Granada.

¡Ese es el tiempo! Los hombres y sus obras vuelan al viento de los siglos, y llega un día en que apenas nos es dado conocer la historia de los años que fueron.

VI.

A las diez y media de aquel día tomamos el tren para Málaga.

Encontramos alamedas y olivares extendidos en grandes llanuras.

Despues de Bobadilla cambia el terreno. A los llanos suceden montes cubiertos de encinas.

Entramos en un túnel. En el fondo de un valle corre un riachuelo. En los campos pacen rebaños y yuntas de bueyes. Cruzamos otro túnel y sucesivamente diez y seis ó diez y siete. Al pasar cada túnel vemos encendida la farola del tren. Las chispas del carbon caen saltando sobre la vía. El silbato lanza su grito agudo, y la locomotora, arrastrando detrás de sí la hilera de carruajes, aparece en la boca del túnel, como un reptil inmenso que sale de su guarida.

En estas obras es donde encuentro verdaderamente grande al hombre. En estas obras lo veo digna imagen de su Dios; magnífico, admirable...

A orillas del camino, por la derecha, cierran el horizonte unas montañas elevadísimas, en cuyas alturas se pierde la vista.

Sobre los picos desnudos vuelan las águilas, que parecen, con la distancia, puntos fijos en la inmensidad del espacio.

El paisaje es asombroso. Su grandeza es verdaderamente sublime.

En el fondo del abismo, entre gargantas estrechísimas, corre el agua. No se oye y apenas se distingue otra cosa que una cinta mate. Luego, en otros lugares, la corriente se ensancha, y en sus orillas, adornadas de una hermosa vegetación, se encuentran pequeños molinos de paredes blancas como azucenas.

Algunas estacas fijas en el suelo y cubiertas de ramas secas, constituyen una choza.

A las montañas siguen bosques de naranjos, grupos de palmeras, largas filas de cipreses y huertas de granados y toda clase de frutales.

Un rio baña las heredades y salta entre las piedras y desaparece á trechos bajo la espesura del campo.

Las viñas se arrastran por las colinas. Los cañaverales forman graciosas umbrías, y las pitas muestran su verde pálido.

Detrás de este paraíso vemos sierras erguidas, con sus tajos, sus valles y sus cañadas.

A la puerta de las huertas se mece alguna palmera de flotantes brazos, como centinela de aquellos verjeles.

En las casas de campo hay enredados á los cañizos ó cercas, numerosos rosales llenos de rosas. Su aspecto causa estrañeza. Delante de aquellas viviendas humildes, confundidas con las gallinas, los bueyes y los útiles de labranza, parece un contrasentido ver estas flores delicadas y de color suave, mas á propósito para adornar el cabello ó el pecho de una joven elegante ó para lucir su gracia en un aristocrático gabinete, que para estar en el vallado de una pobre huerta, espuestas al polvo de los caminos. Mas ¡ay! ¡Cuántas flores vemos tambien en la humanidad, que debiendo vivir una existencia cómoda y hermosa, se marchitan al sol y al viento de los campos!

Hemos pasado por varias estaciones de poca importancia: á la derecha, sobre un monte, hay un castillo semejante al nido de un águila y mas abajo un pueblo. Es Alora, la antigua *Illuro*, segun la opinion de algunos historiadores que se fundan, entre otras razones, en haberse descubierto en este lugar varias lápidas romanas del tiempo de Domiciano.

Mas allá está Pizarra, en una situación muy pintoresca.

Sigue Cártama, colocada en la pendiente de un monte. En sus cumbres se conservan vetustas murallas que recuerdan la fama que gozó este pueblo durante la época de los romanos, en cuyo tiempo se llamaba *Cártima*, y tenía numerosas estatuas, inscripciones y columnas, algunas de las cuales se descubrieron en 1752.

Insensiblemente nos hemos acercado á Málaga. Quedaron atrás los bosques y las montañas, y ahora nuestros ojos van á gozar de otro panorama que siempre miro con placer.

Allí está la playa, y las olas que rugen, y los horizontes sin límites, y las velas de los barcos, y las gaviotas que vuelan sobre las brumas...

Allí están la vida, la alegría, el recuerdo de la niñez...

¡Allí está el mar!

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

EL MAR.

Verte ¡oh mar! es creer. En el confuso piélago de los mundos al vacío arrojados por Dios, misera gota eres no mas que un tiempo rebosara la copa, siempre llena, de la vida: el hombre, empero, en tí del infinito la imagen liél en éxtasis contempla, ora la mansa brisa te acaricie suspirando fugaz, ora rompiendo el lazo que á la tierra te aprisiona, con impetu y fiera de relámpagos alces, coronada, á los astros remotos la cabeza.

Yo te ví, y á los cielos ¡ay! en vano pedí para cantarte la voz de las sublimes armonías con que el genio suspende el vuelo de los orbes en la insondable inmensidad: la luna vestía con su luz hermosa y triste de las montañas las gigantes cumbres, y á mis pies, silencioso, dormido parecías, ó levantabas en vaiven suave el manto azul de las serenas olas, como en casto latido el pecho de una virgen se levanta, de tierno afán el corazón henchido.

No, la muerte no habita de tu reino en las mansiones pavorosas; todo, como en la tierra y en el éter vago por donde ruedan encendidos soles, hervir dentro de sí la vida siente y proclama de Dios la eterna gloria; desde el grano de arena, átomo ruin de tus corrientes bravas, á la enorme ballena.

Grande arteria del globo, por tu seno agitado raudal de sangre amarga corre del polo al ecuador; con ella de entrambos hemisferios la sed aplacas; y el vapor fecundo

que de ella sube á la region del aire y en fúlgidos colores la arrebola, esmalta de rocío las praderas, ó en deshecho turbion precipitado si aquí de un pobre la heredad destruye, á su benigno influjo allá un imperio, por ventura, alcanza ver sus campos estériles vestidos del risueño color de la esperanza.

Tú del diluvio en la funesta noche, roto el eje del mundo, entre la furia de rayos y huracanes, hondo sepulcro diste á las razas malditas, en tus brazos arrullando despues, madre amorosa, la nueva humanidad que al iris bello y de la calma al ave mensajera los tristes ojos con afán volvía; y desde el hora en que Colon, post ad vió caer del error al monstruo informe que cerró del Atlántico el camino una edad y otra edad, gallardas naves poblaron tus desiertos que hombre alguno jamás pisado había, y del trópico ungió la tosca frente con la luz de magníficas ideas el alma del antiguo continente.

¡Oh, mil veces bendito cuando contempla en tu cristal se.cno su claro rostro el sol que al cén.t sube, y su augusta belleza la noche melancólica, sembrando de tímidos luceros tu ancha via! Arpa de amor, entonces, apacible, tus ondas como cuerdas vibran que un genio misterioso pulsa, y cada voz un eco en ellas tiene; la gota de rocío del árbol desprendida; el manso arroyo donde bebe la cándida paloma; el ave, el prado, el adormido viento, el corazón del hombre... ¡otro océano mas amargo que tú, mas turbulento!

¡Quién osó maldecirte?... ¡Cuántas veces injusto es el dolor! Siéntelo el hombre y el beneficio olvida, y olvida que de Dios en la palabra ya el susurro se escucha de cristalina fuente, ya del trueno la solemne esplosion: habla, y temblando la tempestad horrrisona enmudece: habla, y apaga el sol: áspero grito de pájaro agorero el aire turba; arde el espacio; truena la oscura inmensidad; desencajada la Creacion, en lúgubre alarido anuncia su agonía; y al embate irresistible de tus fuerzas, toda la máquina estupenda del universo estremecida gime, amenazando despeñar: e: en tanto, juguete de los vientos y las olas el náufrago infeliz ora y blasfema, y á grandes voces llama idolatrados seres que el vendabal arranca de sus brazos, cuando quizá ya próximo le atrae cual celeste vision de un bien perdido el faro, cuyos ojos trémulos en la costa centellean. ¡Y lloras sin consuelo, cuando sabes que morir es nacer! Tus penas calma, que detrás de la tumba hay otro faro y puerto encuentra en su naufragio el alma.

Esta robusta fe combate y doma las quimeras fantásticas del miedo; inspirado en su fuerza, decir puede con palabras proféticas el hombre: «¡Tempestad! vendrá un día »en que tasques el freno que mi ciencia »labrando vá á tu cólera salvaje: »¡abismo! ya con alas »eléctricas llevado, »mi pensamiento cruza »(ave divina) la opulenta flora »de tus montañas vírgenes, do crecen »el coral encendido »y la dura madrepora; yo peso »el sól; dócil el rayo »arrástrase á mis pies cual sierpe herida; »yo tengo en mi razon, de excelso origen »como la fe su hermana, »la milagrosa lámpara que ahuyenta »con su fulgor las brumas seculares; »yo he subido con ella en sed ardiente »de conocer á Dios que la ha creado, »y oí su nombre que los astros cantan; »yo bajaré con ella hasta el profundo »límite de tu imperio tenebroso, »y taladrando tus entrañas duras »del yerto polo á la abrasada zona, »abriré nuevo cauce á la corriente

»de la futura humanidad, y entonces,
 »dueño de los arcanos que en tí encierras,
 »más viva luz alumbrará mi vuelo
 »del cielo al hondo abismo,
 »del hondo abismo al cielo.»

Ya el pirata sediento de oro y sangre
 que las tranquilas costas asolaba,
 de tus dominios huye: la desierta
 roca que dió á sus crímenes amparo
 cual fantasma de horror negra y desnuda,
 es hoy dichoso albergue campesino
 ó risueña ciudad que se irgue altiva
 de torres coronada, entre jardines,
 y en los cristales baña de tus ondas
 sus pies de mármol, en tranquilo sueño,
 sin que, sus ojos al abrir, sañudo
 relámpago de bárbara cuchilla
 cubra su faz de amarillez y espanto:
 ruina miserable

es ya en tus playas el recinto impuro
 donde por luengos siglos
 sacrificado el hombre
 fue de Moloch en las sangrientas aras;
 y sobre otros altares,
 con inmortal dulzura

resplandece la ESTRELLA DE LOS MARES.

¡Oh! si sus alas por tu espacio tiende,
 ave feroz, el buque del negro;
 si de un tirano la ambicion soñara
 atar un pueblo á su coyunda infame
 convirtiendo tu líquida llanura
 en fácil senda á su maldad propicia,
 levántate iracundo;
 tus roncós vientos sin cadenas zumben;
 caiga en tus simas Faraon impío;
 de hospitalario puerto
 á sus oídos la oracion no llegue;
 y solamente sean
 dulces tus brisas, tus murmullos suaves,
 tu augusta calma protectora, cuando,
 por norte la virtud, á la conquista
 del ideal en su conciencia escrito,
 en pacífica alegre caravana
 tus olas atraviese
 de un polo al otro la familia humana.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

1865.

MERINOS DE ESPAÑA Y CABRAS DEL TIBET.

La superioridad de los merinos de España, célebres en todas partes por la finura é incomparables cualidades de su lana, ha excitado desde muchos años el deseo de todas las naciones de introducir su raza para mejorar las indígenas. Bajo el reinado de Luis XIV, este monarca patrocinó el pensamiento de introducir carneros de nuestro país en el Rosellon y comarcas inmediatas. Con el mismo objeto Napoleon I importó de España las razas de carneros de mas pura sangre, y á esfuerzos análogos de aclimatación de nuestros merinos debe Sajonia sus lanas famosas en todo el mundo. Mas adelante, Jorge III, rey de Inglaterra, reunió una multitud de carneros de raza pura española para mejorar las razas nativas de la Gran Bretaña. Pero allí el alto precio que tenía á la sazón la carne, retardó la propagación del merino, porque en las especies de lana larga era mayor el peso del vellon y mayor tambien el peso del animal. Gracias á circunstancias mas favorables, entre ellas las que proceden del clima, en Francia, teniendo mucho cuidado con los cruzamientos, no sólo se consiguió aumentar el peso del vellon sin deteriorar mucho su calidad, sino que se logró tambien proporcionar al animal un desarrollo extraordinario.

Australia, con un clima casi análogo al de California, recurrió al carnero del Cabo de Buena-Esperanza y de Bengala, los cuales por su lana y su volumen son bastante parecidos á los de la raza californiana. Con el tiempo se echó de ver que el clima y los pastos del país habian influido favorablemente en la calidad de la lana, y este primer resultado sugirió nuevas tentativas para mejorarla. Entonces se introdujeron en Australia algunos merinos españoles de los que habia reunido Jorge III, y mas adelante el buen éxito alentó la sucesiva importación de animales de la mas pura sangre, de suerte que lo que en un principio era una cosa muy insignificante, ha llegado á ser en pocos años una de las principales rentas, no sólo de las colonias de Australia, sino tambien de Inglaterra misma.

El merino puro de Australia no pesa por lo regular mas de 70 libras, y no llega á pesar 3 libras la lana que se saca de cada carnero. En estos últimos años se han introducido en California merinos, no de pura sangre, sino de la raza ya bastardeada por los franceses. Los carneros importados, que no tenían aun dos años cuando se introdujeron, no fueron mas de dos, de los cuales el uno pesaba 156 libras y el otro 172. Dos eran tambien las ovejas, una de cuatro años, que pesaba 181 libras, y otra, que aun no tenía dos años, y pesaba 112 libras. No es menos extraordinario el producto de la lana, pero ésta no puede compararse por su suavidad

con la de nuestros merinos sin mezcla de ninguna otra raza.

Tambien se ha aclimatado en los Estados-Unidos la cabra del Tibet, desde mucho tiempo aclimatada en Francia, con cuya lana se hacen los famosos chales de cachemira. El doctor Davis consiguió trasportar algunas de estas cabras desde la India á la Carolina del Sur, donde son tan estimadas, que en la actualidad no cuesta ninguna de ellas menos de 20,000 reales. Verdad es, que no hay ningun otro animal que tenga una lana tan suave, tan fina, y al mismo tiempo de tan larga duracion. En estos últimos años el comercio de los Estados-Unidos se ha apoderado de la lana de todas las cabras del Tibet aclimatadas en la Carolina, pagándola á 42 francos la libra, y se propone enviarla á Paisley, Escocia, para la fabricación de chales.

El precio á que se pagan las verdaderas cachemiras, es decir, los tejidos en la misma India, es casi fabuloso. Hay chales en París y en Londres que han costado 4,000 francos, pero si son pequeños, se venden muchísimo mas baratos. Se engañaria, sin embargo, el que creyese que estos chales se venden del mismo modo que vienen fabricados de la India. En general, los centros y los bordados se hacen separadamente, y se unen despues con el fondo. Muchos chales vendidos como verdaderas cachemiras están fabricados en Europa, habiendo quien sabe imitarlos con habilidad suma. Sin embargo, el conocedor no se engaña nunca, bastándole un ligero exámen para notar que la verdadera cachemira tiene una trama menos apretada y colores mas brillantes que la imitada.

La moda y el lujo prefieren siempre las cachemiras de apariencia original. Las imitadas son menos suaves al tacto, ya sea porque el hilo no se haya torcido del mismo modo, ya porque la cabra del Tibet trasportada haya perdido sus primitivas cualidades.

X.

CONTRA PEREZA DILIGENCIA.

I.

Habia en una pequeña aldea, cuyo nombre no hace al caso, dos hermanos sencillos, labriegos, que habian recibido de su padre una herencia muy regular, consistente la mayor parte en viñedos y huertas frondosísimas que bañaba con su rico caudal el rio Henares.

Cosme y Damian se llamaban los dos hermanos; eran gemelos y se parecian muchísimo físicamente, hasta el punto de confundirlos en el pueblo; pero en cuanto á las cualidades intelectuales y morales, eran el reverso de la medalla el uno del otro.

Cosme, aplicado, laborioso y de intachables costumbres, se dedicó desde su niñez al cultivo de la labranza, mereciendo por esto el dictado de záfio y lugareño con que le designaba siempre su hermano, que era enteramente opuesto á todo trabajo corporal.

Su bondad, hija de un corazón sano y honrado, era estremada, y le hacia escuchar con indiferencia los sarcasmos y las burlas de que era objeto, contentándose por toda venganza con decir muchas veces á Damian:

—Sí, yo seré záfio y todo lo que quieras; pero tú con esa vida que haces de pereza y holgazaneria, nunca harás prosperar tus heredades, y ten cuidado con ellas, mira que, *hacienda tu dueño te vea, y si no que te venda*, como dice el refrán; y tú la tienes enteramente abandonada, como si el trabajo no fuera el elemento principal de la riqueza.

—¡Qué sabes tú, necio! le contestaba amostazado su hermano. Yo tengo quien cuida de todo, y además ¿quieres que viva como tú, hecho un ignorante que ni siquiera sabes la cartilla?

—Sé lo bastante para manejarme: creo que un labrador como yo y como tú, con saber el catecismo para enseñar á nuestros hijos la doctrina cristiana y las cuentas de comprar y vender para que nadie los engañe, saben lo bastante.

—¡Claro! y si te preguntan que dónde está Francia, dirás que en los cuernos de la luna.

—¡Y á mí qué me importa! cada uno en su oficio es maestro, y yo no necesito saber otra cosa que cultivar la tierra y hacerla producir muchos y buenos frutos. El que de todo quiere entender, nunca sabrá nada bien, por aquello de oficial de todo, maestro de nada.

—Ea, pues á mí no me vengas con tus sermones y tu gramática parda: yo hago mi gusto y no admito consejos de nadie, mucho menos de un tonto de capirote como tú.

—Pues hijo, con tu pan te lo comas, contestó Cosme con su santa paciencia. Yo sigo en mis trece: trabajo y actividad, labran la prosperidad.

II.

Y en efecto, así siguieron. Cosme estaba en el campo antes del alba, vigilando á sus trabajadores y bajando él tambien, sin importarle un ardite; por la noche se pasaba un par de horas en casa de su novia

que era una jóven aplicada y hacendosa como él, y despues se marchaba á acostar, pensando siempre en el dichoso dia de su casamiento que se habia fijado para un plazo no lejano.

Por su parte Damian no iba nunca al campo; se levantaba á las diez de la mañana y se marchaba á la puerta de la iglesia á ver las muchachas que salian de misa mayor; despues hacia su visita diaria al boticario, al cura y al escribano que tenia una hija la mas guapetona y elegante del pueblo, con quien Damian estaba en relaciones.

Las tardes solia pasarlas leyendo en la orilla del rio ó pescando, afición generalmente comun á todos los holgazanes. Volvia al anochecer, y era de rigor ir á casa del alcalde ó á la del boticario á echar un *mediator* ó una *malilla* hasta las diez ó las once de la noche.

III.

Así pasó un año. Al cabo de este tiempo, y cumplido el luto que los dos hermanos llevaban por su padre, se casaron ambos, teniendo Cosme en Teresa una mujer que le ayudase á hacer prosperar su hacienda, y Damian en Sofía un nuevo motivo para gastar infructuosamente su dinero y su tiempo.

Mientras los primeros pasaban los dias entregados al trabajo y las privaciones, iban los segundos de fiesta en fiesta y de pueblo en pueblo buscando las diversiones y el placer que no hallaban en su casa.

La costumbre es en la criatura una segunda naturaleza y los hábitos que se contraen en la juventud, son muy difíciles de desarraigar en la edad madura.

Tambien es verdad que influyen mucho las inclinaciones en nuestras costumbres: el que tiene un carácter flojo, no ama el trabajo, y se deja seducir con frecuencia por los incentivos del placer. En cambio, las personas activas y amigas del orden y la aplicación, viven en su elemento, desempeñando uno y otro dia sus ocupaciones sin la menor molestia ni fatiga.

Las consecuencias de ambos sistemas, no tardaron mucho tiempo en dejarse conocer en las casas de los dos hermanos, y fue la mayor desgracia para Damian, en que su fortuna empezó á resentirse cuando se vió con familia. Entonces conoció el error en que habia vivido; pero no pudo remediarlo: estaba lleno de compromisos, de acreedores que le asediaban, y sus tierras infecundas y estériles por falta de cultivo, no le producian lo bastante para sostenerse. Ya era tarde para remediar el mal.

Llevando cada dia un puñado de tierra, se forma una montaña al cabo de cierto tiempo; pero si aquella montaña se necesita de repente, no es posible constituir la en un dia.

Así le sucedió á Damian; le vendieron sus propiedades para pagar á los acreedores, y viéndose sin criados, procuró trabajar; pero como no tenia costumbre y se entregó con demasiado ardor á tareas penosas, cayó enfermo.

Sus hijos le pedian pan y el infeliz no tenia ni un pedazo que llevar á la boca; estaban desnudos, descalzos, y no tenia dinero para comprarles ropa, ni calzado. Su mujer, que de todo entendia menos del arreglo de su casa, pasábase el dia en las de las vecinas, lamentándose de la desidia y pereza de su marido, que habia dejado perder una hacienda tan pingüe como la suya. En lugar de ayudarle, le abrumaba con sus reconvenções, y soportaba con muy poca paciencia su adversa suerte.

A tanto llegó su miseria, que vendieron el último olivar que les quedaba, sin que por eso Sofía dejase sus humos de gran señora, ni consintiese en despedir á la criada ocupándose ella misma en los quehaceres domésticos.

Faltó el pan y faltó con él la armonía de aquel matrimonio que, siempre en querrela, se echaban en cara mutuamente la culpa de su desgracia.

Tenianla ambos, pero no lo confesaban, ó mas bien, no lo creían, porque ninguno conocemos nuestros defectos.

Eneste estado, las disensiones internas llegaron á ser tan fuertes, que un dia rodaron todos los cacharros de la cocina y tuvieron que separarse.

¡Triste suerte!... ¡un matrimonio disuelto! ¡una fortuna destruida! unos hijos abandonados...! Y todo porque faltó la base primordial de la casa, el trabajo, la economía, el orden, los tres elementos que sacan la nave del hogar á seguro puerto.

IV.

¿Qué hacen entre tanto Cosme y Teresa? Veámoslo. A la entrada de la población y en la ribera misma del Henares, habia muchos años antes un pequeño huerto que heredó Cosme de su padre. A la sazón aquel huertecillo con su humilde choza se ha convertido en una posesion magnífica.

Cosme y Teresa llevaron un puñado de tierra cada dia y formaron una montaña formidable.

El con su trabajo y su actividad, ella con su economía y su orden, fueron adquiriendo poco á poco terrenos circunvecinos, y ensanchando su casa en términos de que Cosme era el propietario mas rico de la población.

UN DIALOGO EN LAVAPIES.



EPISODIOS DEL VERANO.

—La acera debe estar libre, el bando es muy terminante.
 —¡Hombre, me está usted gustando! ¿Quié usted mandar en la calle?

Todas las fincas que vendió su hermano, fueron á su poder y otras muchas que se adquirió honradamente.

Cuántas veces quisieron socorrer á Damian y á Sofía, les rechazaron éstos con altanero orgullo, porque en sus locas esperanzas se imaginaban ver de un momento á otro reconstituida con creces su fortuna por un golpe de azar, por uno de esos acontecimientos impensados, caprichos de la suerte que forma de repente á un mendigo en poderoso banquero.

Lastimados naturalmente por la repulsa, no volvieron á intentar adelantarse, esperando que fueran

abajo aquellos castillos de naipes, y entonces los buscarían implorando su socorro.

Para nada los necesitaban; eran felices, tenían riquezas, paz, y se profesaban un amor sin límites, amargando únicamente tan pura dicha su eterna soledad, pues no les concedió hijos el Señor; esos pequeños ángeles que son el sol del himeneo.

Teresa suspiraba muchas veces.
 —¡Ay! decía: Damian y Sofía riñen y son desgraciados, teniendo dos hermosos niños, ¡si yo los tuviera!

—Quizás no fueras tan feliz, la contestaba su ma-

rido; cuando Dios no nos otorga esa gracia, será que no nos hagan falta.

—¡Es verdad! Yo acato resignada su poderosa voluntad, decía Teresa sonriendo otra vez y mirando al cielo con muestras de inmensa gratitud.

Así pasaron muchos años. Damian y Sofía se marcharon cada uno por su lado; él consiguió en unas salinas un empleo de poquísimos sueldo, que apenas le bastaba para mantener á sus hijos. Ella, siempre ávida de placeres y de grandezas, entró á servir de doncella en casa de una marquesa.

V.

Era una fría y nebulosa tarde del mes de enero: había nevado copiosamente en el país, y estaban los campos con una cuarta de nieve. Esta circunstancia hacía imposibles las labores agrícolas, de manera que al anoecer estaban reunidos en la plaza la mayor parte de los labradores del pueblo. Cosme, que era alcalde aquel año, salió á dar varias disposiciones para que algunas cuadrillas de jornaleros fuesen quitando la nieve que obstruía las calles y los caminos, haciendo éstos impracticables, sobre todo el que conducía hasta el molino, que era el más frecuentado por las gentes de la aldea.

—Ea, señor Cosme, dijo un labrador, yo no me determino, porque según va cayendo la tarde se va sintiendo un frío horroroso.

—Siempre seréis unos cobardes holgazanes. Venga una pala, yo iré delante enseñando á no retroceder ante el peligro cuando se trata de hacer una buena obra.

—Es que ya ve usted...

—Nada, no hay que venirme con reticencias; adelante, el que no me siga duerme esta noche en la cárcel.

—Pero si es un trabajo inmenso, señor alcalde, dijeron varios.

—Es un trabajo hecho en media hora si se emprende con buena voluntad, dijo Cosme. El molino apenas dista de aquí cien pasos, y el tránsito hasta él es sumamente necesario, porque desde ayer no hay pan en el pueblo, ni harina; tienen que ir esta misma noche á moler y volverán antes de amanecer; de manera, que si no desembarazamos el camino de la nieve que le obstruye, tendremos esta noche cincuenta desgracias, vuelcos de carros, mulas perniquebradas y labradores extraviados en esos campos, que perecerán en medio de la nieve.

—Tiene razón el señor alcalde, dijeron algunos.

—Ea, pues vamos allá. Yo voy el primero.

—Y yo, y yo, repitieron varios, animados por el ejemplo del que tomó la iniciativa.

—En marcha, pues, yo voy á la cabeza, exclamó Cosme, enarbolando la vara de la autoridad, y adelantándose hácia el camino indicado.

Poco después ya tenían hecha la mitad de la obra, y á las evasivas del principio sucedieron una franca alegría y un estímulo que les obligaban á querer todos adelantarse para ganarse la voluntad de Cosme, que les había ofrecido sendos jarros de vino para cuando llegasen al molino.

(Se concluirá.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades.

Al pie del grabado que representa *La ermita de San Saturio*, publicado en el número 35 de *El Museo* de este año, se dijo que aquel Santo es patron de Avila, debiendo decirse que lo es de Soria.

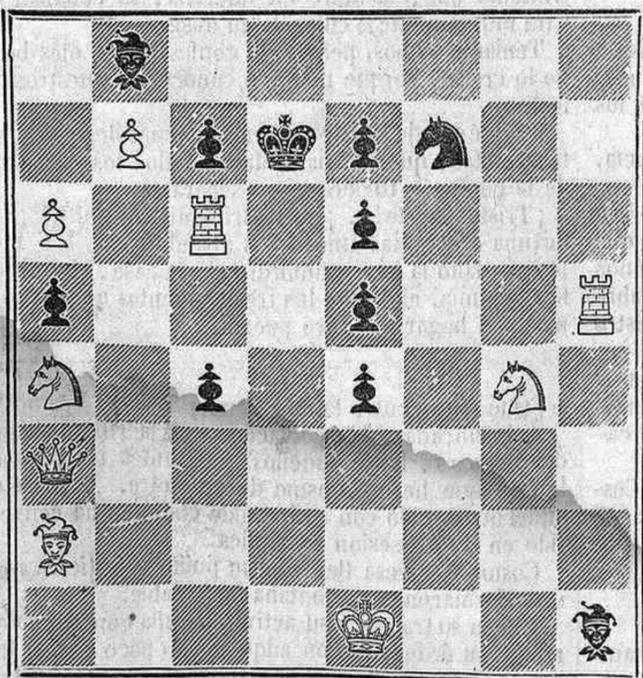
DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS.
 IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 86.

POR DON M. ZAMORA. (ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 85.

- | | |
|------------------------|-----------------|
| B Blancos. | N Negros. |
| 1.ª D 5 A R jaq. | 1.ª P t D (A) |
| 2.ª C 5 T R jaq. | 2.ª R t C (1) |
| 3.ª A 3 R | 3.ª Cualquiera. |
| 4.ª A 5 A D jaq. mate. | |

(1)

- | | |
|---------------|-----------|
| 2.ª..... | 2.ª R 4 R |
| 3.ª A 4 A R | 3.ª R 5 R |
| 4.ª C t P jaq | |

(A)

- | | |
|----------------------|-----------|
| 1.ª..... | 1.ª R t C |
| 2.ª T 8 R jaq. | 2.ª R t T |
| 3.ª D 7 D jaq. mate. | |

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores E. Castro, L. Sancho, R. Cane-do, D. García, G. Dominguez, M. Lerroux y Lara, M. Zafra, F. Pastor, J. Luxan, E. Canedo, M. Rivero, M. Martinez, J. Rex, J. Jimenez, de Madrid.—A. Galvez, de Sevilla.—R. Pareira, de Valencia.—H. Sanchez, de Valladolid.